



R. Rafael, editor.

Litog. de Decaen

Maria, hermana de Moisés.



MARIA, HERMANA DE MOISES.

Tympana tenta tonant palmis et cymbala circum.
Concava.....

(Lucret. lib. 2.)

A mediados del décimo sexto siglo que precedió la era cristiana, cerca de cuatrocientos años despues de la llegada de Jacob á Egipto, Jocabed, muger de un hebreo llamado Amram, de la tribu de Levi, dió á luz una hija, que se llamó María. Ramessés IV empuñaba entonces el cetro de los Faraones, y le hacia pesar como de hierro sobre la cabeza de los sucesores de Israel. El que le sucedió en el trono adoptó una política mas dura todavía : abusando de la fuerza, tuvo á los hebreos por esclavos suyos, é hizo precipitar en el Nilo todos los hijos varones que les nacieran, á fin de impedir el aumento de esta colonia, que daba ya alguna inquietud á sus opresores. Así que, el pais de Gessen, donde habia ella fijado su domicilio, á motivo de tan bárbaras medidas, cubrióse de un luto sombrío y de un amargo desconsuelo.

La niña María tuvo dos hermanos: Aarón y Moisés. Este último nació en la época misma en que su raza tenía fulminadas sobre sí las ordenes mas inexorables: logróse ocultar por algun tiempo su nacimiento; mas en fin, por temor de no ver estendido sobre su tierna frente el brazo de los verdugos, su madre tomó la resolución de confiarlo á las olas del Nilo, esponiéndole en una cestilla de juncos, cubierta de betun. María, muy jóven aún, quedó con el encargo de vigilar el precioso depósito, y nada pudo tanto para desarmar la crueldad del edicto, como la inocencia y la debilidad en la víctima, y en la que se le daba por defensa. Por último, la hija del rey fué la primera que descubrió la cesta cerca las riberas del rio, á donde, seguida de sus camaristas, iba á tomar un baño. Movida á compasion en vista de aquel desgraciado infante, le salvó de la muerte, y á invitacion de la tierna María, tuvo á bien confiarle á Jocabed, sin saber que Jocabed fuese la madre. Asi es como María se halló puesta como un ángel tutelar sobre la frágil cuna en donde reposaba, con la vida de Moisés, el destino de todo un pueblo. ¡Fortuna singular de los grandes hombres que Dios une solamente con un hilo á sus mas estuendos designios, como para poner en descubierto la vanidad del orgullo, y prevenir el desaliento del libre alvedrío, mostrando á los ojos de todos de donde procede la verdadera fuerza, y qué apoyo queda aun á los que todo persigue y abandona.

Moisés fué educado en la corte, y colmado primero de honores y de estimacion; despues se hizo odioso y se vió obligado á huir de Egipto. Cuando volvió á él, fué con el objeto de libertar á sus hermanos. Despues de largos esfuerzos para inspirarles confianza, despues de golpes terribles, en los que Dios le sostuvo con su brazo, para intimidar y vencer la pertinacia de los tiranos, le fué por fin permitido el salir del reino al frente del pueblo hebreo, que no contaba menos de seiscientos mil hombres armados. Debía alcanzar la region que recibió algo despues el nombre de Palestina; mas en lugar de dirigirse á ella inmediatamente, tomó una ruta de rodeo, y antes de abandonar el continente africano, se internó en las gargantas y desfiladeros, entre el Mar Rojo y las montañas que le dominan por la parte de Occidente.

El Mar Rojo es un golfo del océano indio, que se estiende desde el Mediodia al Norte sobre un trecho de mas de cuatrocientas leguas, y que separa el Asia del Africa. Este nombre le viene de las canteras de mármol rojo abiertas sobre una de sus orillas. En su lecho crecen las altas yerbas, plantas y arbustos, lo cual ha hecho que se llamase tambien mar de Suph, ó mar de los juncos. A su estremo se divide en dos golfos, en medio de los cuales se adelantan como un cabo vastos arenales y monta-

ñas pertenecientes á la Arabia Petrea. Despues de treinta siglos, estos lugares habrán sin duda sufrido algun cambio, pero subsiste todavia allí lo que se halla fuera del alcance de toda revolucion, y que por lo presente deja juzgar de lo pasado. El golfo occidental que tenia Moisés delante de sí, presenta en el dia una longitud de cerca de cinco mil pasos. Las mareas son allí ordinariamente de dos metros, y se levantan hasta tres ó cuatro metros, cuando el viento del Sud las arroja con violencia. Por lo demas, están sujetas á este movimiento de flujo y reflujo que balancea las aguas del Océano, pero que no deja por largo tiempo seca la playa, y que, sobre todo, no suspende jamás las ondas á derecha ó izquierda para abrir camino á un pueblo innumerable.

Hubo allí un momento solemne y terrible para los hebreos luego de llegados junto al Mar Rojo. Al Este un golfo inaccesible; al Oeste una cordillera de montañas, que no podia de otra parte abajarse bajo la planta de los peregrinos, sin ponerlos en manos del Egipto enemigo; al Mediodia un valle que se iba hundiendo hácia regiones desconocidas: tal era el horizonte, cuando de repente se apareció en el Norte un ejército numeroso que corría con sus carros y sus caballeros. Era Faraon al frente de sus tropas. Sabido es ya el asombroso prodigio que allí se verificó: á la órden de Moisés, abrióse el mar, alzando de una parte y de otra sus aguas sólidas como una muralla, y dejando á los hebreos un largo sendero, los cuales pasaron durante la noche. A otra nueva órden el mar descendió como una casa que se desploma, sepultando en sus ondas las tropas egipcias, á quienes el ardor de la venganza impelia á seguir las huellas de sus antiguos esclavos. Arrojaron un grito de espanto á la vista y al fragor de las ondas que se desplomaban sobre sus cabezas. "Huyamos de Israel, porque su Dios combate contra nosotros." Pero las hondas marchaban debajo la mano de Jehová, como un caballo cuya fogosidad es impulsada por un arrojado jinete; llenaron el abismo de una á otra orilla, y no se oyó un grito mas.

Los viejos monumentos del Egipto atestiguan en efecto que en esta misma época un Faraon, con el nombre de Amenofis III, desapareció de repente, y fué reemplazado por un rey célebre, Sesóstris el Grande. En cuanto á los hebreos, sus libros sagrados están llenos del recuerdo de tan alto acontecimiento; ellos hablan incesantemente de la mar, replegándose con espanto sobre sí misma, del brazo de Dios, trazando un camino sólido al través de las aguas, y ahogando un ejército, como se estingue una mecha humeante. A la misma hora, y sobre el teatro de una victoria tan inopinadamente conseguida, un himno magnífico celebró la liber-

tad de Israel. María, hermana de Moisés, conducía el coro de las mugeres, y todas juntas repetían el estribillo de este canto sublime.

Cantemos este día

De Jehová el poder y la grandeza,
Que arrojó al mar caballo y caballero.
Mi lauro y gloria mía
Es Jehová, y es también mi fortaleza
Y mi salud en el peligro fiero :
Este es mi Dios y el Dios de mis mayores ;
Resucenen en mi canto sus loores.

El solo en la pelea

Es Jehová ; su nombre omnipotente
De Faraon el carro, el numeroso
Ejército que manda, los que emplea
Gefes y capitanes, con la gente
Mas escogida, arroja en el undoso
Pielago : allí les deja abandonados,
Todos en el Mar Rojo sepultados.

Cubrióles el abismo :

Cual enorme peñon, del peso grave
Tirados caen al profundo seno
En mortal parasismo.
Tu diestra, Jehová, de la alta clave
Quiso su fuerza y su poder de lleno
Mostrar ; tu diestra, Jehová, condena
Al enemigo á irremisible pena.

Con gloria has abatido

Immortal esta vez á tus contrarios :
Prendió en ellos el fuego de tu enojo,
Y los has consumido.
Espumas forma y remolinos vários,
Agitando sus aguas, el Mar Rojo ;
Mas detenidas por tu soplo ardiente,
En medio el mar suspenden su corriente.

Creía el enemigo

Darnos alcance, hacernos prisioneros ;
De despojos hartarse presumía.
Decía ya consigo :
Al filo morirán de mis aceros.—

Sopla tu viento al despuntar el día,
Trágaselos el mar, y cual pesado
Plomo, les hunde el pielago salado.

¿Quién á tí semejante

Será, Jehová, en poder y fortaleza ?
¿Quién á tí, que tan grande y santo brillas,
Se te pondrá delante ?

Terrible, y en tu misma terribleza
Loable, y hacedor de maravillas.
Tú estendiste tu brazo poderoso,
Y lo devoró el lecho cavernoso.

Tú guiarás ahora

En tu misericordia al pueblo amado,
Que con tanto portento has redimido.
Tu siempre vencedora
Fuerza lo llevará al lugar sagrado,
Donde tu mansion has establecido ;
Y vengan pueblos mil contra el Hebreo,
Y arda en envidia el duro Filisteo.

Al Cananeo altivo,

Al Idumeo, al fiero Moabita
Empieza ya á turbar nuestra llegada,
Que ven con ceño esquivo.
Pues en su pavor sientan la infinita
Fuerza de tu poder, tan señalada,
Que inmóviles como piedra estén mirando
A tu pueblo pasar, siempre temblando.

A tu pueblo, adquirido

Por tí, que sin temer su resistencia,
Pasa ; y en la mansion que le has mandado,
Vá á ser introducido,
Y plantado en el monte de tu herencia :
Firmísima mansion que has fabricado
Por tus manos, Señor, como quisiste,
Y allí tu santuario estableciste.

Reinará eternamente

Jehová, y mas que eterno su reinado
Será, y mas que los siglos la memoria
Durará permanente
De Faraon, y el carro en que sentado

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Marcha con tanta majestad y gloria,
Y la insolencia y temerario arrojo
Con que se atreve á entrar en el Mar Rojo.
De mil carros seguido
Viene, y de su veloz caballería,
Cuando Jehová, soltando las corrientes
Que habia detenido,
Sepulta en el abismo su osadía:
Mientras los hijos de Israel valientes
Del mar entre las ondas se pasean
Sin temor, y á pié enjuto lo vadean.

Y María y las mugeres israelitas, repetian con panderos y danzas.

Cantemos este dia
De Jehová el poder y la grandeza
Y arrojó al mar caballo y caballero.

¡Qué brillante y magnífico espectáculo; un pueblo inmenso iluminado por los primeros rayos del sol, dando gracias postrado delante de Dios, con himnos y cánticos, de haberle salvado de sus opresores, que con sus carros, y armas, y caballos, y monarca, yacian sepultados allí mismo debajo de las ondas dóciles á la voz del Señor! ¿Puede acaso presentar la historia de los pueblos hecho tan singular y por tantos títulos asombroso?

En la marcha, al través de las soledades de la Arabia, y entre los afanes que le imponía la creación de todo un pueblo, Moisés, agobiado de fatigas, y á menudo de ingratas recriminaciones, se habia descargado de una parte de su inmensa responsabilidad. Por consejo de su suegro, anciano lleno de esperiencia, y por órden despues del mismo Dios, escogió entre los ancianos de Israel una especie de senado que pudo compartir con él el peso del gobierno. No obstante, no pudo lograr ponerse al abrigo de estas críticas envidiosas que suscita en todos tiempos el ejercicio del poder; hasta llegó á murmurar su propia familia. María, desde un principio, supo ganar el ánimo de Aaron, y uno y otro creyeron deber quejarse de Séfóra, muger del legislador, la cual se mostraba quizás demasiado severa y exigente á causa del grandioso ministerio de que se habia revestido Moisés. Su calidad de estrangera hacia tambien mas susceptible de irritarse la recelosa envidia de sus parientes hebreos. ¿Y quién ignora, por fin, que una sensibilidad naturalmente propensa á conmovirse, ardiente para reaccionar, era mas que suficiente para turbar desde

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

luego dos mugeres, sentadas en un mismo hogar, presentándoles como un objeto insoportable sus opuestos caractéres, y aquellas disensiones domésticas que se embotan de ordinario en la fuerte organizacion del hombre?

Sea de esto lo que fuere, María y su hermano Aaron elevaron sus quejas á mayor altura que Séfóra. “¿Es tal vez Moisés, dijeron, el único á quien ha hablado Dios? ¿Este Dios no se nos ha dado tambien á entender á nosotros?” Y de otra parte, no habia hombre mas manso y bondadoso que el tan injustamente acusado, ni que fuese mas digno de ser obedecido sin réplica ni murmuracion. Pero Jehová se declaró solemnemente en su favor. Su formidable palabra resonó en los oidos de los dos culpables. “Si hay entre vosotros algun profeta, yo me le apareceré en vision, ó le hablaré en sueño. Mas no asi con mi siervo Moisés, que descuella en fidelidad á todo mi pueblo. Pues á éste le hablo boca á boca, me vé cara á cara y no con enigmas y figuras. ¿Cómo, pues, no habeis temido levantaros contra él?”

Al punto vióse María atacada de la lepra, enfermedad frecuente en aquellos siglos y paises, y de un carácter horrible y peligroso. Espantado Aaron, corrió á decir á Moisés: “Suplícote perdones esta falta en la que tan locamente hemos caido....” Moisés, en efecto, consiguió de Dios por sus súplicas la curacion de su imprudente hermana, mas no por esto dejó ella de estar separada del campamento por espacio de siete dias, tiempo prefijado por la ley, tanto para certificarse de la existencia de la lepra, cuando los síntomas eran dudosos, como para asegrarse de que habia desaparecido despues de las apariencias de una curacion. La naturaleza de aquella calamitosa dolencia exijia esta separacion; pues comunicaba su gérmen voraz á todos los objetos tocados por el leproso, de manera que nadie podia acercarse á ellos sin quedar lesionado. En aquellas edades remotas, las dolencias contagiosas y pestilentes, ya retenidas en el suelo que las producía, ya diseminadas ó llevadas á grandes distancias, devoraban á veces la mitad de una nacion con una rapidez desesperada. Ya porque entonces la poblacion constreñida en demasia, se veia forzada á abandonar vastas estensiones de tierra á su estado salvaje é insalubre; ya porque el hombre, falto de esperiencia, no sabia combatir tan enérgicamente como ahora las influencias deletéreas del clima y de las estaciones. Tales eran la malignidad de la lepra y el motivo de las privaciones impuestas á los atacados de ella.

María pertenecia por la edad á aquella generacion nutrida en la servidumbre, y que se espantaba del trabajo de la libertad, y condenada á causa de sus murmuraciones contra Dios, á perecer fuera de la tierra pro-

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

metida. El anatema alcanzó á todos y á cada uno de los que contaban la edad de veinte años, cuando los exploradores enviados por Moisés al país de Canaan hicieron la cobarde relacion de lo que habian visto, provocando de este modo las quejas sediciosas de la multitud. María pagó su tributo á la muerte pocos meses antes de sus dos hermanos. El largo y penoso destierro de los hebreos iba á tocar á su término, y ya la imagen de la patria y del reposo aparecia en algun modo en su horizonte. Hallábase entonces el ejército en Cades, sobre la frontera meridional de la Idumea, y allí encontró María su sepulcro.





A. Rafael, del. et sculp.

La Sunamita.

Litog. de Deacon.



LA SUNAMITA.

Mulier beneficiens.

(Eccles. XLII. 14.)

In operibus bonis testimonium habens

.....hospitio recepit.

(1 ad Timoth. V. 10.)

ELIAS y Eliseo acababan de salir de la aldea de Galgala, situada entre el Jordan y Gericó, é iban caminando por aquellos campos. Elías, advertido interiormente que había llegado su hora de dejar la tierra, quiso separarse de su discípulo: "Quédate aquí, le dijo, porque el Señor me envía hasta Bethel." A lo que respondió Eliseo: "Te juro por el Señor y por tu vida, que no te dejare." Llegaron, pues, juntos á Bethel, pequeña villa de la tribu de Benjamín, en donde había un colegio de profetas, los cuales fueron á encontrar todos á Eliseo, y le dijeron: "¿No sabes tú que el Señor se te llevará hoy á tu amo?" "Ya lo sé, callad," les respondió. Manifestó Elías el deseo de volver solo á Jericó, queriendo sustraer de la vista de los otros el prodigio que en él iba á obrarse; pero el fiel discípulo tampoco consintió en esta separación. Llegados á Jericó, le dijo el maestro: "Quédate aquí, porque Dios me envía hasta el Jordan," y Eliseo le hizo la misma respuesta que le había dado la primera vez: "Te juro por el Señor y por tu vida que no me apartaré de tí."

Continuaron, pues, su ruta, seguidos á lo lejos de los hijos de los profetas, en número de cincuenta.

Al llegar Elías á las orillas del Jordán, tomó su capa y la plegó para golpear con ella las olas, que se abrieron al instante, como á la voz de otro Moisés, y le dejaron paso libre. Cuando los dos viajeros hubieron pasado el Jordán, dejando á la otra parte la turba de los profetas que de lejos les estaban observando, Elías se dirigió á su compañero, y le dijo: "Pide lo que quieras que yo haga por tí, antes que sea de tí separado." "Pido, dijo Eliseo, que sea duplicado en mí tu espíritu." "Difícil es lo que pides, contestó el profeta; no obstante, si tú me vieres al tiempo que sea arrebatado de tu lado, obtendrás lo que has pedido; mas si no me vieres, no lo tendrás." Pedía nada menos Eliseo, que como primer discípulo de Elías, recibiese porción doble de los dones de profecía y de milagros que aquel había obtenido. Prosiguieron, pues, su camino y su conversacion, y aconteció el prodigio de que hemos hablado ya, cuando un carro de fuego con sus caballos de fuego, vino á arrebatár á Elías como un luminoso torbellino. Despues de haber exclamado Eliseo: "¡Padre, padre mio! vos sois el carro de Israel y su guia," y cuando todo hubo desaparecido por los aires, Eliseo rasgó sus vestidos en señal de luto, y se abandonó á toda la amargura de sus dolorosos recuerdos. Recojió despues el manto ó capa que se le había caído á Elías en el momento de su arrebató hácia los cielos, y volviéndose se paró en las riberas del Jordán. Y con el manto de su maestro hirió las aguas del río, que por esta vez no se dividieron. Y exclamó con una fe lastimera: "¿Dónde está ahora el Dios de Elías?" Hirió nuevamente las aguas, y se dividieron á un lado y á otro, y pasó Eliseo. La turba de los profetas que habían venido de Jericó y aguardaban todavía desde la orilla opuesta en aquel mismo lugar en que debieron renunciar el seguir mas á sus dos ilustres gefes; al ver que la mano del discípulo volvía á empezar las maravillas obradas por el maestro, exclamaron: "El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliseo;" y saliéndole al encuentro, le hicieron, postrados en tierra, una profunda reverencia, dándole todas las señales del mayor respeto, como á su nuevo guia y director.

Muy presto diversos prodigios vinieron á acreditar la mision de Eliseo: su nombre se engrandeció rápidamente en los dos reinos de Israel y de Judá, y se le honró como al heredero del espíritu de Elías y al intérprete de la voluntad del cielo. Los vecinos de Jericó le hicieron presente, que siendo tan bella la situación de su ciudad, las aguas eran malas é insalubres, y la tierra estéril. "Traedme, dijo el profeta, una vasija nueva, y echad sal en ella." Y habiéndosela traído, se fué al manantial de

las aguas, echó en él la sal, y dijo con voz solemne: "Esto dice el Señor. Yo he hecho saludables estas aguas, y nunca mas serán causa de muerte ni de esterilidad." Y desde entonces quedaron saludables las aguas como son en el día, conforme á la palabra pronunciada por Eliseo. Una turba de muchos insultaron por el camino de Bethel la calvicie de su cabeza respetable. Volviéndose Eliseo hácia ellos, acompañó su severa mirada con la maldicion en nombre del Señor; y al instante dos osos, salidos de la selva vecina, corrieron hácia ellos para devorarlos. Los reyes le pedían consejo; los pobres no le imploraban en vano. En los desiertos de Idumea, cuando los dos reyes de Israel y de Judá, despues de la muerte de Acab, marchaban á castigar al príncipe de Moab que había roto su alianza con Israel, hallándose sin agua para el ejército y bagojes, acudieron á Eliseo, el cual al son del arpa y con la melodia del canto, fué sintiendo sobre sí el espíritu del Señor; y mandando hacer escavaciones en la madre de un torrente, no solo hizo venir las aguas corriendo por el camino de Edom, sino que predijo la destruccion de Moab, y el triunfo de los fuertes de Israel.

Vino á clamar un día á Eliseo la viuda de un profeta, diciendo: "Mi marido murió, y bien sabes que tu siervo era temeroso de Dios; pero ahora viene su acreedor, para llevarse mis dos hijos, y hacerlos esclavos suyos."—"¿Qué quíeres que haga por tí? contestó Eliseo. Dime, ¿qué tienes en tu casa?" Y ella respondió: "No tiene otra cosa esta tu sierva en su casa, que un poco de aceite para unjirme." A lo cual dijo Eliseo: "Anda y pide prestados á todos tus vecinos vasijas vacías en abundancia: entra despues en tu casa, y tú y tus hijos echad de aquel aceite en todas estas vasijas, y cuando estuvieren llenas las pondréis aparte." Obedeció la muger con sencillez y puntualidad, el aceite manaba inagotable, y no cesó de multiplicarse hasta que no hubo ya mas vasijas que llenar. "Ahora, pues, dijo el profeta á la viuda que vino á darle cuenta de aquel prodigio: vende el aceite, paga á tu acreedor, y de lo restante, sustentaos tú y tus hijos."

Guia inspirado de los profetas, Elías visitaba frecuentemente sus colegios esparcidos en diversos puntos del país: había en Jericó, la ciudad de las palmeras, en Galgala, sobre las alturas que dominan el Jordán en la parte superior del Mar Muerto, en Bethel, pueblo de graciosa posición echado como un nido de águila entre las montañas que atraviesan la Palestina desde el Norte al Mediodía. Pero sobre todo, en las grutas suspendidas á los lados del Carmelo es donde los profetas se habían retirado como en otros tantos alcázares, donde inaccesibles á los asaltos de la vida exterior, encontraban aquel aislamiento santo y aquella serenidad de vi-

da que aproximan el hombre al cielo, y hacen gozar de la familiaridad de Dios. Véase aun en el día las cavernas que fueron habitadas por aquellos hombres, antiguos precursores de los solitarios cristianos: sobre la mayor parte de ellos se han edificado conventos: un santón ó monje tureo vigila la entrada de los unos, mientras los otros están guardados por el pabellon de alguna potencia católica de Europa. Están arrojados como un lienzo de verdor oscuro en el seno de una vejetacion robusta y severa, bajo un cielo profundo y puro, en faz alguna vez del mar inmenso que por la parte de Occidente viene á estrellar sus olas espumantes á los piés del Carmelo. Estos retiros, verdaderas moradas del alma, refugio de las graves meditaciones, atestiguan el vivo é inmortal sentimiento que despega al hombre de las groseras realidades y le lleva hácia un bien infinito, cualquiera que sea la atmósfera del siglo en que vive, y sea cual fuere la creencia que le presta sus alas para remontarse. Diríase que él se ahoga en el estrecho círculo de la vida presente y en medio de las obras de sus manos, y que no se siente en su elemento sino en medio de los grandiosos espectáculos de la naturaleza y de los vastos horizontes, símbolos de aquellos espacios ilimitados hácia donde empuja sus poderosos deseos, que vienen á ser la region en que su alma respira: los límites de lo criado, parece que retroceden indefinidamente delante de este gigante inmortal.

Recorriendo la Palestina, encontraba Eliseo, por el camino de Samaria al Carmelo, la poblacion de Sunam, en una deliciosa llanura, no lejos de las alturas de Gelboé. Allí habia muchas veces recibido la hospitalidad de un hombre de consideracion, cuya muger era conocida por sus religiosos sentimientos. Esta muger acogia al profeta con el mayor respeto, y le cuidaba con la mayor solicitud y delicadeza. Dijo, pues un día á su marido: "Observo que el hombre de Dios que pasa con frecuencia por nuestra casa, es un varon de elevada santidad." Y como esta señora tenia ya ciertas habitudes de recogimiento y de silencio, y además vivia de una manera muy sencilla y tenia pocas necesidades, añadió: "Dispongamos, pues, para él un reducido aposento, y pongamos en él una cama, una mesa, una silla y un candelero, para que se recija allí cuando á nuestra casa viniere." Y realmente habiendo llegado cierto día, se alojó en aquel aposento para descansar. Sumamente complacido con estas atenciones, y mas aún por el espíritu de fé que en ellas se descubria, quiso Eliseo manifestar á sus huéspedes todo su reconocimiento. Dijo, pues, á Giezi su criado: "Habla á la Sunamita en estos términos: Tú nos has hecho señalados servicios y nos has asistido con mucho esmero, ¿qué quieres, pues, que yo haga por tí? ¿tienes algun en-

gocio? ¿ó quieres que hable en favor tuyo al rey ó á su general?" La Sunamita, desinteresada en su celo, respondió en tono de agradecimiento: "Yo habito en paz en medio de mi pueblo." Giezi trasladó á su amo estas palabras. "¿Qué quieres, pues, que haga por ella? dijo Eliseo." "No hay que preguntárselo, replicó el servidor, supuesto que no tiene hijos, y que su marido es ya viejo." Ya se tiene noticia de que los hebreos miraban la esterilidad como un castigo del cielo, y un oprobio que gravitaba sobre el hogar doméstico: á sus ojos la imagen de la felicidad era un padre cuya vida se decoraba con el embeleso de numerosos hijos que le sonriesen: la vejez parecia lamentable y maldita cuando no tenia el adorno y el sostén de una posteridad, como un árbol á quien el rayo habia despojado de su copa y no se apoyaba sino en diseccadas raíces.

Dijo, pues, el profeta á Giezi: "Haz que venga la Sunamita." Y ella se presentó en actitud de respeto, y se detuvo en pié á la puerta del aposento que habitaba el varon de Dios, el cual le dijo: "Dentro de un año en este mismo día, dándote Dios vida, llevarás un hijo en tus entrañas." A lo que respondió ella: "No quieras, señor mío, no quieras te ruego, varon de Dios, engañar á tu sierva con una alegre ilusion." Pero Dios, que adormece ó despierta á su voluntad las fuerzas de la naturaleza, y que saca de los yelos del invierno el rico manto de flores con que se viste la primavera, supo verificar la palabra que habia puesto en la boca de su profeta. En el tiempo predicho, la Sunamita tuvo un hijo, dulce objeto de largos deseos, preciosa recompensa de sus sentimientos de fé y caridad.

Despues de algunos años en que el niño iba creciendo, fué á encontrar á su padre que estaba ocupado en el campo de los segadores. Herido seguramente por los ardientes rayos del sol, dijo al llegar á su padre: "¡La cabeza! ¡me duele la cabeza!" Y dijo el padre á un criado: "Témale y llévale á su madre." El mal hizo rápidos y terribles progresos, sin que pudiese cortar sus alas la mas afectuosa ternura. Hacia el medio día el niño espiró sobre las rodillas de su madre. Tan dura prueba no logró abatir á la fiel hija de Sunam. Subió al aposento del profeta, y puso al niño yerto sobre la cama del varon de Dios; cerró la puerta y llamó á su marido á quien dijo: "Despacha conmigo, te ruego, uno de tus criados y una borrica, para ir yo corriendo al varon de Dios y volver luego." Y le dijo el marido: "¿Por qué quieres ir á visitarle? no estamos hoy ni en el primer día del mes, ni en día de sábado." Porque en tales días y en las fiestas establecidas por la ley, se reunia el pueblo al rededor de los profetas, para saber de su boca la voluntad de Jehová. Parece de una parte que la Sunamita asistia habitualmente á estas asun-

blicas ó reuniones religiosas, y de otra que no dió parte á su marido ni de la muerte del niño ni del objeto de su viaje, sino que dijo simplemente: "Voy á partir."

De Sunam á la gruta de Eliseo en el Carmelo habia seis ó siete horas de camino. La Sunamita, despues de haber hecho aparejar la borrica, dijo á su criado: "Atrea y llévame con celeridad; no me hagas detener en el camino, y has lo que yo te diga." Los viajeros marcharon con rapidez, y al ganar la pendiente de la montaña, Eliseo, que la vió venir desde lejos hácia él, dijo á Giezi su criado: "Mira, aquella es la Sunamita: sal á su encuentro y dile: ¿Lo pasais bien tú, tu marido y tu hijo?" La Sunamita continuó su viaje hasta llegar al monte y á la presencia del varon de Dios: al momento se arrojó á sus piés con muestras del mas profundo dolor y desespero. Giezi queria hacerla retirar, pero le dijo su amo: "Déjala porque su alma está llena de amargura: el Señor me lo ha ocultado y no me ha revelado la causa." "¿Oh maestro mio! esclamá la desolada muger, ¿por ventura te pedí yo un hijo? ¿No te dije que no me engañaras con una falsa alegría?"

Eliseo escuchó sus quejas y la compadeció. Llamó en seguida á su criado y le dijo: "Pon haldas en cinta, y toma mi báculo y marcha prontamente: si encontrases alguno no te pares á saludarle, y si alguno te saludare no te detengas á responderle, y pondrás mi báculo sobre el rostro del niño." Pero toda la esperanza de la madre estaba en la presencia y en la palabra de Eliseo: dijole, pues, con resolucion: "Júrote por el Señor y por tu vida, que no partiré sin ti." No pudo resistir el profeta á tanto dolor y á tanta fé, y acompañó á la Sunamita. Giezi, entretanto, cumpliendo con las órdenes de su amo, habia tomado la delantera y puesto el misterioso báculo sobre la faz del cadáver. Pero admirado de que éste no volviese á la vida, fuese en busca del profeta y le dijo: "El niño no ha resucitado." Y en efecto, Eliseo á su llegada, encontró al niño muerto y tendido sobre su lecho. Cerróse, pues, dentro del cuarto con el niño, y se puso en oracion: subió despues sobre la cama, y acomodóse como pudo á las pequeñas proporciones de los miembros yertos del niño, poniendo boca sobre boca, ojos sobre ojos y manos sobre manos, y encorbado así sobre el niño, la carne de éste entró en calor. Tras esto, levantándose, dió dos vueltas por el aposento, y subió otra vez y recostóse sobre el niño, el cual, ya animado del todo, abrió los ojos y dió algunos ligeros suspiros. Y llamando por fin á Giezi, le dijo: "Avisa á la Sunamita." La madre, volviendo á encontrar á su hijo arrancado á la muerte, se arrojó á los piés de Eliseo, postrándose hasta el suelo, para demostrarle su reconocimiento y su afectuosa veneracion. Penetren

si pueden el gozo inefable de esta madre las que han visto espirar su hijo en sus brazos, si algun poder sobrenatural les hubiese restituido con vida el tierno objeto de sus cariños. Como ninguno de nosotros habra presenciado cómo la muerte restituye su victima, no podemos tener idea del gozo de una resurreccion, acto supremo del poder de Dios sobre las leyes de la naturaleza, que raras veces ha visto el mundo, que se reservó para sí la misma Omnipotencia en la persona del Hombre Dios, que algunas veces ha concedido á sus mas ilustres y distinguidos servidores.

Otras maravillas señalaron asimismo el poder del profeta; pues Dios queria rodearle de esplendor, para oponerle como un alcázar inespugnable, ya fuese al error y á la perversidad que descendian del trono sobre la nacion, ya fuese á los enemigos exteriores que venian á traer á Israel los horrores de la guerra y de la idolatria. Porque no se hallaban aun olvidadas las tradiciones de Acab y de Jezabel; y además los príncipes de Damasco inquietaban incesantemente el reino de Samaria. El gobierno de Salomon habia puesto en la vida del pueblo hebreo aquel limite supremo de grandeza y de espléndida pujanza, á donde, si llegan por un momento las sociedades, es para decaer en seguida con acelerada rapidéz, como si la gloria y la prosperidad no fuesen jamás sino cosas facticias, arrojadas sobre el fondo de la vida humana que no es otra cosa sino trabajo y dolor. El Egipto fomentó la separacion y las rivalidades que debilitaron gradualmente los dos reinos de Israel y de Judá; rivalidades de que sacó partido un soldado feliz para engrandecer y consolidar su poder en Siria, y legar á sus sucesores un ceiro formidable. Estos reyes tenian por capital á Damasco; y poseian fuerzas tan considerables en tiempo de Eliseo, que sus ataques eran para su patria uno de los mayores peligros. Así que, un día en que el profeta fué visitado por Hazael, general sirio, se conmovió de tal manera, y se turbó tanto su semblante y cayeron tantas lágrimas de sus ojos, que preguntó el extranjero: "¿Por qué llora así mi señor?" "Porque sé, contestó el profeta, los males que has de hacer á los hijos de Israel; tú entregarás á las llamas sus ciudades y plazas fuertes; tú pasarás á cuchillo sus jóvenes: tú estrellarás contra el suelo sus niños, y abrirás las entrañas de sus mugeres en cinta."

A las calamidades de la guerra se juntaron los sufrimientos del hambre. Una cosecha desgraciada produjo la carestia. Eliseo dijo á la Sunamita: "Parte con tu familia, busca otra region en que puedas vivir, porque el Señor ha hecho venir el hambre y ella ha llegado á la tierra por siete años." La Sunamita siguió este consejo, y fué á morar en el país de los filisteos. Mientras iba haciéndose mas cruel el azote, Ben-

Adad, que pasó sobre el trono de Damasco antes del sanguinario Hazael, vino á sitiar á Samaria. Tan terrible fué luego el hambre dentro de la ciudad, que los objetos mas viles que podian servir de alimento, tenían el mas alto precio. Una muger fué á encontrar al rey de Israel pidiendo socorro. "Qué quieres, dijo el rey, ¿acaso puedo yo salvarte?" Y le respondió la muger: "Una vecina me dijo: Dá tu hijo para que hoy le comamos, que mañana comeremos el mio. Cocimos, pues, mi hijo, y nos lo comimos. Al dia siguiente le dije yo: Dá tu hijo para que nos le comamos, mas ella lo ha escondido." Tanta miseria y barbarie, puso al rey en una profunda consternacion; rasgó desesperado sus vestidos, é imputando estas horribles desgracias á Eliseo que las habia predicho: "Juró por el Señor, exclamó, que hoy mismo ha de caer la cabeza de Eliseo." Pero en aquel mismo dia los sirios, azorados por un terror pánico, levantaron el sitio, y abandonaron el campo lleno de víveres. Algunos leprosos que habian salido de la ciudad para ir á pedir á la espada enemiga una muerte mas pronta y menos horrible que la del hambre, encontraron el campo desierto y ricamente provisto, y corrieron á participar á sus compatriotas tan inesperada fortuna. Los estremados apuros desaparecieron, pues, con el enemigo, y estaciones mas felices trajeron la abundancia.

La Sunamita volvió á su país, cuando la calamidad habia desaparecido. Y como encontrase su casa y sus posesiones ocupadas por poderosos usurpadores, acudió al rey para pedir justicia, á fin de que le fuesen restituidas. En aquel momento el rey se informaba por medio de Giezi de todas las maravillas obradas por Eliseo; y mientras le estaba contando cómo habia resucitado á un muerto, compareció la muger á cuyo hijo habia resucitado, reclamando ante el rey su casa y sus heredades. Y dijo Giezi: "Ved ahí la muger, y este es su hijo á quien resucitó Eliseo." La Sunamita hizo por si misma la relacion de todo lo que le habia sucedido. Y reconociendo el rey la justicia de su demanda, dijo á uno de sus oficiales: "Haz que se le restituya todo lo que le pertenece, y todos los réditos de sus heredades, desde el dia que salió de su tierra hasta el presente."

Eliseo se habia retirado á Damasco, y desde allí vió el doloroso cumplimiento de sus profecias. Envió á uno de sus discípulos para derramar la unción real sobre la cabeza de Jehú, capitan célebre por su valor y por sus talentos militares, y darle la misión de exterminar la familia de Acab. Jehú, fiel á esta vocacion terrible, avanzó con las tropas ganadas ya á su partido contra el rey su señor, el cual, como vimos ya, no tuvo tiempo para ponerse en defensa, y pereció miserablemente. Inmoló asi-

mismo con la mayor facilidad á la fiera y temida Jezabel, cuya sangre corrió debajo los piés de los caballos, y cuyo cadáver desapareció devorado por los famélicos perros. Hizo también caer bajo el golpe de la cuchilla á Ochozias, rey de Judá, hijo de la ambiciosa Atalía. En fin, escribió á los ancianos del pueblo y á los oficiales de la casa de Acab, en Samaria, estas palabras: "Al momento de recibir esta carta, vosotros, que tenéis en vuestro poder á los hijos de vuestro antiguo dueño, y carros, y caballos, y plazas fuertes, y armas, escojed entre los hijos de vuestro difunto rey el mas esforzado y el que mas os agrade; colocadle en el trono de su padre, y combatid por él." Pero todos estos personajes se dijeron unos á otros no sin estupor: "Dos príncipes no han podido prevalecer contra él, ¿cómo podremos resistirle nosotros?" Y acordaron enviarle una entera sumision. Entonces Jehú les mandó una segunda carta: "Si estais por mi parte y aceptais mis órdenes, cortad las cabezas de los hijos del rey, y mañana á esta hora misma venid á traérmelas en Jezrahel." Vinieron en efecto, llevando en cestones las cabezas ensangrentadas de los desgraciados príncipes. Jehú dijo á los mensajeros encargados de presentarle tan horrible presente, que si él hubiese dado órdenes injustas, no debieran haberlas cumplido, y que ejecutándolas daban testimonio de su justicia. "Ved, pues, dijo con aquella aterradora seguridad de aquellos hombres que se sienten los instrumentos de la venganza del cielo, ved ahora si ha caido en tierra una sola palabra de las que habló el Señor contra la casa de Acab, y si ha ejecutado el Señor lo que predijo por medio de Elias, su servidor." Asi, pues, fueron sucumbiendo al soplo de la cólera de Dios todos los apoyos de una familia poderosa, como hojas que arrancó el huracan y arrojó delante de sí.

Mientras que Jehú trabajaba en afirmar su poder, cimentado con sangre, Hazael, que habia subido al trono de Damasco, haciendo morir á su señor, vino á someter á su imperio las provincias que el reino de Israel poseia á la otra parte del Jordan, las tribus de Gad y de Ruben y la media tribu de Manases. Entonces fué cuando desplegó todas las crueldades, cuya vista anticipada habia arrancado lágrimas de patriotismo á Eliseo. Destruyó las plazas fuertes, y paseó por las campiñas el incendio y la devastacion. Despues de los guerreros, los viejos y los niños perecieron al filo de la espada; las mugeres en cinta fueron degolladas sin piedad, por temor de que en lo sucesivo no se levantase de entre las cenizas de los vencidos un ejército de vengadores. Por esto, un siglo despues, el profeta Amós pedia justicia de aquellas atrocidades, pintando con su vehemente elocuencia el verdor de las montañas marchitado por

la invasion, los campos llorosos y empobrecidos, y las mugeres de Israel aplastadas bajo el hierro desgarrador de los carros de guerra.

De otra parte el reino de Judá hallábase en una situacion deplorable. Athalia hacia triunfar allí la impiedad, primero como esposa y como madre de reyes, despues á título de reina, cuando hubo inmolato sus nietos para ejercer un poder absoluto y omnímodo. En medio, pues, de tantas desgracia y escándalos, el profeta Eliseo veía acercarse la hora de su muerte. Estaba de regreso á Samaria, en donde cayó enfermo de peligro. Joas, nieto de Jehú, que empuñaba entonce el cetro de Israel, fué á dar el último adios al anciano ilustre y venerable, y al acercársele le dijo con las lágrimas en los ojos: “¡Padre mio! ¡Oh padre mio! ¡Vos que sois el carro y el conductor de Israel!”—“Tráeme un arco y flechas” dijo Eliseo, y cuando las hubo tomado, “Príncipe, dijo, pon la mano sobre este arco.” Y habiendo despues puesto sus manos entre las de Joas, añadió: “Abre la ventana que mira al Oriente, arroja una flecha.” Y continuó en tono de inspiracion: “Esta es la flecha de salud de Jehová, la señal de su proteccion contra la Siria...” Y murió profetizando los próximos triunfos de su país. Los sucesos no desmintieron su palabra: las armas siriacas fueron humilladas repetidas veces. Además, su ceniza pareció guardar algun resto de aquella maravillosa energia que había tantas veces desplegado durante su vida. Unos hombres que iban á dar sepultura á un muerto, sorprendidos por una horda de ladrones, huyeron despues de haber arrojado precipitadamente el cadáver sobre el sepulcro de Eliseo que estaba allí contiguo. Al contacto de aquellos huesos santificados, el cadáver entró en movimiento, el muerto se reanimó, dando así Dios un nuevo y evidente testimonio de la virtud y del alto ministerio del grande profeta.

No se estinguió con la muerte de Eliseo la antorcha de la profecía, pues brilló sucesivamente y por el espacio de dos siglos en una porcion de hombres eminentes, cuyos escritos han llegado hasta nosotros, y que han llenado de una luz suave é inmortal las regiones de este cielo intelectual, en donde viven y respiran las almas. Por su medio, antes de la venida de Jesucristo, la verdad se mantuvo en el mundo, el cual los debe el no haber enteramente perdido entonce el conocimiento de su origen y de su fin. En su inmutable palabra se apoya la verdad del Cristianismo; ellos fueron nuestros progenitores en la fé; y dándonos nosotros la mano por sobre la cabeza de los siglos, tocamos con ellos en la cuna de la humanidad, así como ellos tocarán con nosotros y con nuestros descendientes á aquel dia que se llama la Eternidad: dinastía sagrada de espíritus, que sale de Dios por la creacion, y que vuelve á él por una libre adhesion á la verdad religiosa.